

II. EL MAL EN EL ARCO INVOLUTIVO

En medio de esta batalla que sacudía las estancias de Ilúvatar y estremecía unos silencios hasta entonces inmutables, Ilúvatar se puso en pie por tercera vez y era terrible mirarlo a la cara. Levantó entonces ambas manos y en un acorde más profundo que el Abismo, más alto que el Firmamento, penetrante como la luz de los ojos de Ilúvatar, la Música cesó. Entonces Ilúvatar habló y dijo: -Poderosos son los Ainur y entre ellos el más poderoso es Melkor; pero sepan él y todos los Ainur que yo soy Ilúvatar; os mostraré las cosas que habéis cantado y así veréis qué habéis hecho. Y tú, Melkor, verás que ningún tema puede tocarse que no tenga en mí su fuente más profunda, y que nadie puede alterar la música a mi pesar. Porque aquel que lo intente probará que es sólo mi instrumento para la creación de cosas más maravillosas todavía, que él no ha imaginado.

Silmarilion

I

Para contemplar el origen del Mal y su naturaleza primera, es necesario remontarse de los días tardíos de la *Guerra del Anillo* a la eternidad que precedió al curso de los días y que nos narra el *Silmarilion*. Dos figuras consecutivas encarnan este principio: Melkor primero, de la estirpe de los Ainur o Valar, los Poderes de Dios, y Sauron después, su servidor, de la estirpe de los Maiar, poderes menores de la Naturaleza.

En el nombre de Melkor descubrimos la antigua raíz *mlk* que prosperó en las lenguas llamadas semíticas aportando el significado de *realeza, poderío*: como *Melek*, que en hebreo es rey; o Molok, el tremendo dios cananeo que exigía sacrificios de infantes, ya fuese para apaciguar su destructivo furor, ya en testimonio de su gnosticismo o existencialismo de dios-filósofo. Idealmente, la realeza contiene y expresa los aspectos de excelencia y poderío. Si los antiguos profetas de Israel previnieron al suspirante pueblo que pedía un rey a imagen de las otras naciones de los peligros que conllevaba su anhelo, fue (en parte) porque como hombres de espíritu comprendían que el poderío a menudo conduce a los privilegiados por él a perder todo lo que en ellos existe de excelencia —como, por otra parte, salvo en los contados casos de David y Salomón, no dejó de ocurrir en toda la historia de ese pueblo que se autoproclamó elegido—.

Melkor, que es el más poderoso de los Ainur, como entre los ángeles lo era Lucifer, es, también, el menos excelente. En cuanto que poderes salidos del Único, los Ainur, y entre ellos Melkor, no son sino aspectos individualizados del Dios Personal Supremo, tal y como lo son respecto de Brahman los dioses védicos (Ilúvatar lleva la preformante *Ilu*, de una raíz *l*, que en las lenguas semíticas constituye la base de los

nombres divinos: como el 'El cananeo, 'Elohim hebreo o el Alá musulín. Eru, otro de los nombres de Dios, el más noble, se explica bien desde la raíz sánscrita *ri*, "ser excelente, noble, digno de admiración", que halla derivados o parientes en una ancha franja desde la India a Egipto y a Grecia: *eri*, 'señor' en urártico y hurrita; *ur*, 'grande, luminoso' en egipcio y sumerio; *ari*, 'león' en hebreo, en cuanto que animal grande y solar, y 'gran hombre' en arameo; *aristos*, 'noble' en griego; etc.).

En este sentido, Melkor, el rey, no es el enemigo irreconciliable de Eru, el excelente, sino poderío que se ha separado de la excelencia o que se ha creído separado de la excelencia o que ha cobrado consciencia de su separación e individualidad, a pesar de que la escisión absoluta es imposible. Melkor es voluntad propia separada de la Voluntad, y es esto lo que Gichtel, el místico alemán discípulo de Böhme, considera el Mal. Desde la perspectiva de Ilúvatar, que es el Todo y todo lo imaginable, Melkor es Eru negándose a sí mismo y cooperando, merced a esta negación, con los planes de la Manifestación. Desde la perspectiva del propio Melkor, él es él mismo, una individualidad independiente que no acepta servir a más voluntad que la suya, una individualidad capaz de torcer los planes del Único en provecho propio y acaso reinar, tal y como exige su nombre, y acaso igualar o superar incluso al Padre y Origen de todos los Poderes.

Así, en la actitud de Melkor, descubrimos no dos errores sino dos niveles de ignorancia: en primer lugar, el no reconocimiento de su identidad profunda, pues él no es sólo el más poderoso de los Ainur sino el mismo Dios. En segundo lugar, la presunción de que la superación del Único, caso de que ésta fuese posible, sería la consecuencia de un poder mayor, no de una mayor excelencia. El primer nivel de ignorancia constituye un alejamiento de su propio centro, de su Alma profunda y, por tanto, de su identidad verdadera; el segundo nivel de ignorancia le obliga a marchar, para reencontrar su identidad, recuperar su centro, por el camino indirecto de la ignorancia, el oscurecimiento, la negación, el error. Pero ¿puede alguien decir qué ocurrió primero, si el alejamiento del centro o la eferescencia de la propia voluntad? Ambos hechos, voluntad propia e ignorancia, aparecen estrechamente trabados; imposible decidir, como no fuera desde la todopenetrante mirada de Ilúvatar, cuál es la causa y cuál el efecto. El mal es, con Gichtel, voluntad propia, pero el mal es, con Aurobindo Ghose y con Platón, ignorancia. Pero la ignorancia y la negación no sólo forman parte de los planes de Ilúvatar sino que hasta podría decirse que son fundamentales en el proyecto de la Manifestación. Porque Manifestación es evolución, una evolución que no puede empezar, si no culmina primero el desarrollo del movimiento descendente, el que conduce del Todo a la Nada aparente, el arco involutivo. Manifestación es historia, desarrollo de la Totalidad en el Tiempo limitador a través del cual marchan los seres ignorantes de su plenitud para conquistar una plenitud mayor no sospechada. Y así lo hará Melkor, que quiere ser Eru y no sabe que lo es; Melkor, que quiere ser más que Eru y no sabe que luchando contra Él ayuda al proceso evolutivo y hace que Eru sea Eru más el Mundo creado por Él, Eru superándose a sí mismo mediante aquello que lo niega, tal es la vía inescrutatable de la Divinidad.

Respecto a cómo se produjo la caída en la Ignorancia... Es la división, la separación, el principio de aislamiento del Permanente y Uno lo que la produjo; el ego manifestándose a sí mismo en el mundo y enfatizando su propio deseo y su propia afirmación con preferencia a su unidad con el Divino y con todas las cosas; se produjo porque en lugar de una sola Fuerza, Sabiduría, Luz determinando la armonía de todas

las fuerzas, se permitió a cada Idea, Fuerza, Forma de las cosas manifestarse a sí misma tanto como pudiese, en la masa de infinitas posibilidades, mediante su voluntad separada e, inevitablemente al final, a través del conflicto con todas las demás. División, ego, la consciencia imperfecta, la búsqueda a tientas y lucha de una autoafirmación separada constituyen la causa eficiente del sufrimiento y la ignorancia de este mundo. Escindida una consciencia de otra, todas ellas cayeron inevitablemente en la Ignorancia, y el resultado último de la Ignorancia fue la Inconsciencia; de un oscuro e inmenso Inconsciente surge este mundo material y de él un alma que a través de la evolución crece en la consciencia por medio de la lucha y el esfuerzo, atraída por una Luz oculta, ascendiendo ciegamente aún hacia la perdida Divinidad que es su origen¹.

II

El despertar en Melkor de la propia voluntad y con él el nacimiento del Mal es descrito por Tolkien mediante la bella imagen de una sinfonía ideada por Ilúvatar de cuya armonía el más poderoso de los Ainur decide apartarse para crear sus propios acordes y juegos musicales. El Mal empieza como una discordancia; una discordancia, sin embargo, que el Gran Compositor es capaz de incluir en una armonía aún no sospechada por ninguno de los virtuosos ejecutores. Pero para ello es necesario antes que esas notas y acordes ajenos al plan original de la Obra lleven hasta el extremo de sus posibilidades su poder discordante: sólo de esta forma todos y cada uno de los elementos de negación y confusión hallará su lugar preciso en una Afirmación más perfecta, sólo así podrá ser contrapesado por la nota adecuada que se servirá de él para establecer y expresar un nuevo Equilibrio de indescriptible belleza. Ese llevar el poder discordante hacia su punto de máxima intensidad es lo que llamamos ‘el Arco Involutivo’.

Y el primer momento del arco involutivo es el descenso a Arda, la Tierra, de todos los Poderes: los que laborarán en ella para la manifestación de la Divinidad, de su extrema belleza y poder y sabiduría, su deleite inconcebible de existir y crear y manifestar, y aquellos otros, como Melkor y los que él ha logrado corromper, que obrarán para la destrucción de lo creado, para la negación de todo lo Divino, comprometidos con la autoimpuesta misión de establecer un reino de oscuridad en la Tierra donde acaso, piensan, no llegue el todopoderante ojo de Ilúvatar. A este primer momento pertenece el despertar de los elfos, los primeros hijos terrestres de Ilúvatar, y, porque estos seres recién despiertos a la consciencia serían más vulnerables a la astucia y mentira de Melkor o a su poder destructor, los Ainur o Valar los invitan y guían a Valinor, su reino inmortal en la Tierra, donde estarán a salvo de los peligros que el Enemigo ha sembrado en la Tierra Media, país de su despertar. Valinor es, originalmente, el lugar en Arda preservado del mal. Valinor es la manifestación terrestre —porque la Tierra es todavía lo bastante pura para albergarlo— del cielo de los Ainur. Valinor es, originalmente, el paraíso terrenal donde los Poderes y los hijos de Ilúvatar pueden convivir en amor mutuo y mutuo respeto y reconocimiento.

A partir de este primer grado del arco involutivo, de este primer instante de alejamiento en el espaciotiempo de Ilúvatar, la guerra entre las dos tendencias, la

¹ Aurobindo Ghose, *Letters of Yoga*.

evolutiva y la involutiva, aquella que representan los Valar con su impulso hacia el cielo y aquella que encarna Melkor con su gravitación hacia el infierno, es inexcusable, y Melkor se mostrará un elemento difícil de exterminar. Aun cuando es finalmente vencido en el campo exterior de la batalla, aun cuando es encadenado durante mil años y mantenido luego como rehén en Valinor, su astucia le permitirá, a la larga, sembrar el mal incluso en esa tierra preservada en principio del mal, este primer paraíso, anegando en la inquietud, tal como la serpiente hizo con Eva en el Edén del mito hebreo, el corazón de los elfos y empujándolos al enfrentamiento con los Valar, sus hermanos mayores. La presencia del mal en Valinor constituye el segundo momento del arco involutivo, momento en que Arda y sus estirpes quedan más alejadas de Eru. Melkor, mantenido como rehén en Valinor después de su derrota primera y encadenamiento, opera con suma astucia en su trato con los elfos, sabe que es a ellos y no a los Ainur a quien puede confundir. Su acción, ejemplo de una fina y perversa psicología, se desarrolla en tres periodos: primero, pone a disposición de los elfos su saber y habilidades; segundo, estudia a los que confían en él intentando descubrir, ante todo, aquello que más perfectamente revela su egoísmo, aquel objeto, aquel valor, del que jamás prescindirían aun a costa de sus vidas. Sabe, pues él es la raíz de todo egoísmo, que el amor extremo a una realidad exterior, ese sentimiento que tan fácilmente se convierte en un deseo de posesión en el que el poseedor y lo poseído llegan a fundir sus posiciones e identidades en una sola llama de pasión, es el origen de la debilidad. En tercer lugar, siembra la mentira enfrentando a unos y otros, haciendo aparecer a los unos como inminente peligro para los otros de perder lo único que no estarían dispuestos a rendir:

Entonces Melkor codició los Silmarils, y le bastaba recordar cómo brillaban para que un fuego le royese el corazón. De allí en adelante, buscó ansiosamente y aun más que antes la manera de destruir a Fëanor y de poner fin a la amistad entre los Valar y los Elfos; pero ocultó estos propósitos con astucia, y ninguna malicia podía verse en el semblante que mostraba. Mucho tiempo trabajó, y lentos y baldíos fueron sus afanes. Pero al que siembra mentiras le llega a la larga el tiempo de la cosecha, y pronto puede echarse a descansar mientras otros recogen y siembran en vez de él. Aun Melkor encontró oídos que lo escucharan, y algunas lenguas que agrandaran lo que habían oído; y sus mentiras pasaron de amigo a amigo como secretos cuyo conocimiento prueba la inteligencia de quien los revela. Amargamente pagaron los Noldor la locura de haberle prestado oídos en los días que siguieron después.

La serpiente del Génesis siembra la inquietud en el corazón de Eva, pero la serpiente no miente a la mujer: ¡Comed y seréis como dioses!, y así hacen y eso devienen, y Elohim debe cortarles el camino al árbol de la vida para que su recién conquistada divinidad no sea completa y no pueda compararse a la suya. La serpiente no sólo no miente, sino que apela al principio luminoso, inmortal y divino en Eva: ¡Sed como dioses! Melkor dice: ¡Poseed, retened, defended aquello que poseéis con vuestra vida y aun a costa de vuestra alma si es preciso! Instigando a la posesión exterior, Melkor empuja a la desposesión de sí. Y ¿puede haber terreno mejor labrado para el odio y la mentira, para el egoísmo y la violencia, que el corazón del que no se posee y la mente del que confunde su sí mismo con aquello que cree poseer, del que confunde su ser con su pertenencia?

Así, cuando Fëanor, el creador de los Silmarils, las joyas que contienen la Luz original de Valinor que iluminó el mundo desde el nacimiento de los Árboles

Primordiales anteriores al Sol y a la Luna, es convocado por los Valar para que, ahora que los Árboles han sido destruidos por Melkor, restituya las joyas a Yavanna y pueda esta Valar dar nueva Luz al mundo, el elfo responde:

Para los pequeños, como para los mayores, hay siempre algo que sólo pueden hacer una vez; y luego el corazón ha de reposar. Puede que sea posible abrir mis joyas, pero nunca otra vez haré otras parecidas; y si he de romperlas, se me romperá el corazón y moriré; el primero entre todos los Eldar de Aman... No lo haré de propia voluntad. Pero si los Valar me obligan, sabré entonces con seguridad que Melkor es como ellos.

Lo que Fëanor, que se llama a sí mismo el primero de los elfos, está negando a los Valar, a los Dioses, es la misma Luz que ellos le otorgaron para hacer sus preciadas joyas. A lo que Fëanor está condenando a Valinor es a la oscuridad, que es la expresión física de la inconsciencia, y con ello se está condenando a sí mismo, a los Silmarils y a toda Arda, la Tierra, a la misma pena: tiniebla, ignorancia, desconfianza, alejamiento de Eru, mentira, lucha por la posesión, incapacidad para reconocer el bien y distinguirlo del mal. Fëanor, el elfo, uno de los primeros hijos inmortales de Ilúvatar, está colaborando, merced a su ignorante egoísmo, porque no es capaz de mirar más allá de una falsa identificación de su naturaleza, con los planes de Melkor, su mortal enemigo y el enemigo de toda la Tierra.

En los cielos de Ilúvatar, el Mal nació como separación de la Armonía, la Voluntad y la Personalidad o Identidad Supremas y originales. Pero esta triple separación es sólo aparente, pues no puede existir nada más allá de la Armonía, Voluntad y Ser de Dios; esta triple separación es sólo el efecto de la proyección de una voluntad mentirosa, que decide o se ve impulsada a dejar de reconocerse en su Fuente más íntima, en su Sí Mismo más profundo. A esta falsa voluntad de separación se le torna pues necesario establecer un espacio intermedio de inconsciencia entre su identidad real y su identificación de superficie, un denso dominio de impenetrable oscuridad sobre el cual pueda parecer real el espejismo de un 'yo' disociado del Todo y dueño de sus actos. Hacer cada vez más ancho e intrincado este espacio, poblarlo de todo tipo de criaturas que en la mente de los seres conscientes se manifiesten como sugerencias de destrucción y autodestrucción, es la estrategia de Melkor con todos aquellos que, a diferencia de los Valar, no tienen un contacto directo e inviolable con su identidad más profunda, su Padre y Creador. A partir de ahora, el Mal siempre actuará gracias a este espacio y a través de él, ocultando su naturaleza hasta el último instante, aquel en el que sus consecuencias son ya inevitables; como Melkor, que para destruir los Árboles sagrados de Luz, se sirve de la araña gigante Ungoliant y llega hasta ellos protegido por la No-Luz que el monstruo es capaz de tejer. Melkor ensanchará esa franja de oscuridad, en primer lugar, empujando a los seres conscientes cada vez más hacia su exterior: Fëanor ya no es una criatura de Eru nacida para expresar y gozar, en la naturaleza élfica y en el campo de experiencia terrestre, la Naturaleza infinita y eterna, sino un nombre, una personalidad definida con intereses propios cuyo centro es la posesión de los Silmarils. Fëanor ha dejado de ser uno de los aspectos del Ser Esencial, una de sus múltiples posibilidades de manifestación, para ser un acontecimiento en un juego de fuerzas o sistema de relaciones falseado; es decir, ha dejado de ser eterno para ser temporal, ha dejado de ser inmortal para ser —porque todo acontecimiento necesariamente lo es— perecedero. En segundo lugar, Melkor obligará a los seres así escindidos de su Verdad profunda a replegarse sobre sí mismos en un acto de protección

frente a un mundo en el que reinan el peligro y la enemistad. Esta doble escisión, vertical respecto al mundo divino, horizontal respecto al mundo terrestre, es la cruz en la que queda clavado el ego sufriente de los seres individualizados. Y esta cruz es el precio que paga Ilúvatar, el Uno, por devenir Múltiple; que pagan los seres individuales por su individualidad y multiplicidad.

III

El oscurecimiento de Valinor es, en realidad, doble: no sólo los dos Árboles Luminosos son destruidos sino que Melkor, llamado a partir de ahora Morgoth, roba los Silmarils empujando a Fëanor al terrible juramento que será la perdición de los elfos y la causa de un nueva caída en el arco involutivo:

Entonces pronunció Fëanor un terrible juramento. Los siete hijos se acercaron a él de un salto y juntos hicieron el mismo voto, y rojas como la sangre brillaron las espadas al resplandor de sus antorchas. Era un juramento que nadie puede quebrantar ni nadie ha de pronunciar, aun en nombre de Ilúvatar, y pidieron para ellos la Oscuridad Sempiterna si no lo cumplían; y a Manwë nombraron como testigo, y a Varda, y a la montaña sagrada de Taniquetil, prometiendo perseguir con odio y venganza hasta el fin del Mundo a Vala o Demonio, Elfo u Hombre aún no nacido, o cualquier otra criatura, grande o pequeña, buena o mala, a la que el tiempo diese origen desde ahora hasta la consumación de los días, que guardara, tomara o arrebatara uno de los Silmarils de Fëanor’.

La voluntad propia, la mentira que fructifica en ella, en el espacio oscuro que la separa de su Fuente y Origen; ahora, la venganza, el odio, la compulsión a recuperar unas joyas al precio del propio destino, terreno y ultraterreno. Hasta este punto puede vestirse de heroísmo la acción ignorante de hombres que se ignoran. Fëanor, sus hijos y sus secuaces, confunden por medio de este juramento la concepción de la guerra como medio, medio último pero medio al fin y al cabo, para llevar la antorcha al corazón del reino de las Tinieblas, para imponer al mundo un *dharma*, una ley, que impida o frene la destrucción ejercida por el Señor Tenebroso, una ley que procure, en última instancia, el desarrollo integral de todos los vivientes en lugar de la satisfacción de los poderosos. Fëanor, mediante su juramento, ha obligado a un giro violento a la violencia: ya no más el bien contra el mal, sino el que codicia contra el que posee. Y, necesariamente, a su juramento deberá seguir una larga y vergonzosa historia de Caínes y Abeles. Melkor fue el principio, pero en su momento de mayor optimismo, ¿pudo imaginar siquiera cuál sería el final?

Los Silmarils, que pasarán a formar parte de la corona de hierro de Melkor y no por el amor de éste a la luz sino a la posesión, serán como un cometa excelente arrastrando una estela de inmundicia. A diferencia del Anillo Único de Sauron, el más fiel y hábil de los servidores de Melkor y su heredero en el trono siniestro cuando aquél sea arrojado por fin de Arda, los Silmarils no son la encarnación material del mal, no podrían serlo puesto que su esencia es la luz de los Valar, pero están sujetos de uno y otro modo al mal por el juramento del elfo, están condenados a causar el daño estén donde estén y sólo su pérdida definitiva —en el mar, en el cielo y en el agua—, o su reintegración a los poderes que constituyen la fuerza sutil y esencial cuya manifestación son estos elementos —reintegración porque esos poderes son, en realidad, los Poderes,

los Ainur— les libraré finalmente de su horrible destino. El Anillo de Sauron, en cambio, encarnación de la voluntad de su artífice, deberá ser destruido para que cese su deletérea influencia sobre la Tierra.

Sí, el mal ya no es sólo el Mal, Melkor ha logrado sembrar su semilla en todos los seres del Mundo a excepción de los Valar excelsos. Si bien siguen existiendo el Bien y el Mal en sus formas puras, primordiales, sobre la faz de Arda ya no puede hablarse de buenos y malos sino de criaturas en cuyo interior dos tendencias libran una batalla aparentemente interminable: la ignorancia y la sabiduría, el deseo de poseer y la aspiración a ser, el egoísmo y el don de sí, la involución y la potencia transformadora de la evolución. Por un lado los Valar, por otro Melkor y todas las criaturas creadas por él, orcos, balrogs, dragones, trolls; en el amplio centro: elfos, hombres, enanos, hobbits, caballos, aves, anillos, armas, montes, bosques, ríos, climas, grutas, árboles... porque a todos ellos se les da la posibilidad de elegir, llegado el momento definitivo de la batalla, alinearse a uno o al otro lado del campo.

Pero la partida de los Noldor (la más augusta estirpe élfica) de Valinor, que, como hemos dicho, marca el tercer momento del arco involutivo de Arda, supone un cambio de actitud fundamental de los elfos con respecto a la vida. Para los Valar, su descenso a Arda desde las doradas estancias de Ilúvatar, no podía tener otro sentido que manifestar en la Tierra la gloria del Más Alto, expresar en el plano de la Materia la Verdad Trascendente del Divino. Cuando los Valar hallan a los elfos, los primeros nacidos de Eru, les muestran el camino de Valinor y éste no es sólo una experiencia física sino también psíquica: el camino de Valinor es el de la consciencia y la Verdad, el de aquellos seres que quieren vivir según la ley de Ilúvatar, la ley del amor y del crecimiento, del poder y del conocimiento auténticos. Los huidos de Valinor no son sólo los huidos de los Ainur sino también de Ilúvatar y, por tanto, de la Ley Suprema, ley que no es una imposición por parte del Poderoso a sus criaturas sino el modo en que el Poderoso se manifiesta en la Naturaleza a través de sus criaturas. Así, el alejamiento de la Ley Suprema, que en esencia, en profundidad, es imposible porque todo sirve al inescrutable plan cósmico de Ilúvatar, sólo puede tener lugar en la superficie, en la exacerbación de la autoconsciencia, del ego; y éste hace de la propia alma, de la Verdad, de la Ley Interior, de la percepción de la unidad de todas las cosas, algo cada vez más irrecuperable y, por tanto, más inconcebible. La pérdida de la Ley Interior, por su parte, hará necesaria la ley exterior impuesta por los poderosos a los que no lo son y, a pesar de que en la Tierra Media se alzarán dos reinos cuya motivación principal será el crecimiento y la belleza, el heroísmo y la sabiduría, Doriath y Gondolin, y por ello mismo duraderos hasta el fin de los días de los elfos, la vida será a partir de ahora la historia de las luchas entre elfos y elfos o entre elfos y hombres —nacidos entre tanto— o entre elfos u hombres y enanos por la posesión de este o aquel objeto de valor, este o aquel pedazo de tierra en el que vivir.

Melkor, retirado mientras en su fortaleza, puede dedicarse tranquilamente a la cría de todo tipo de seres terribles mientras al otro lado de sus puertas y hasta los confines de la Tierra Media la semilla del odio fructifica y los hijos de Ilúvatar se destruyen mutuamente y se debilitan. Alejados del Origen, los elfos y hombres de la Tierra Media, han perdido su sentido, su razón de ser, y, por ello, también su fuerza. Y así, cuando finalmente los ejércitos de Melkor avancen desde la siniestra fortaleza del norte, los reinos caerán uno tras otro como castillos de naipes bajo las patas de los orcos y la única solución para elfos y hombres será volverse hacia el oeste y hallar,

nuevamente, el camino de los dioses, volverse hacia la Voluntad auténtica, hacia el Poder verdadero, hacia la Ley que les trasciende. Y cuando esto ocurre, los Valar, los Poderes, reciben al heraldo de derrotados y sufrientes, Eärendil, como un padre al hijo pródigo:

¡Salve, Eärendil, de los marineros el más afamado, el buscado, el añorado que viene cuando ya no queda ninguna esperanza! ¡Salve, Eärendil, portador de la luz de antes del Sol y la Luna! ¡Esplendor de los Hijos de la Tierra, estrella en la oscuridad, joya en el crepúsculo, radiante en la mañana!

Eärendil pide ayuda a los Valar y los Valar acuden y arrasan al Señor oscuro y sus ejércitos librando a las razas de la Tierra Media de la opresión e instaurando una nueva era de renacimiento bajo el predominio de la raza de los hombres, los reyes de Númenor, la isla del oeste, la Atlántida o, como Tolkien la llama, Atalantë, a medio camino entre la Tierra Media y Valinor, un alto en el sendero de los dioses. Mediante su acción guerrera, los Poderes demuestran que ellos son lo único, en definitiva, en lo que pueden confiar los hijos de Ilúvatar, pero que para impulsarlos a la acción liberadora se requiere, ante todo, una cosa: volver la mirada hacia Valinor y poner en resonancia el corazón, el propio centro, con el Centro Universal, que es la fuente de la Ley-Verdad.

IV

Y tras el renacer, con los elfos en la isla de Eressëa, que mira al este y al oeste, y los más excelsos de los hombres en Númenor, la caída, de nuevo la caída a un pozo ahora más profundo, cuarto grado del arco involutivo, que obligará a Valinor a desaparecer de la Tierra, a retirarse a la atmósfera mística y secreta de Arda y a volverse accesible ya no por las sendas que todo ojo puede columbrar, toda quilla hender, toda nave andar y desandar, sino por los caminos misteriosos, inescrutables, que sólo se revelan a los seres, escasos, excepcionales, que han desarrollado una mirada distinta de la física y común, que han construido naves en nada parecidas a las materiales: ojos, naves, aptos sólo para las sendas del Espíritu, que son las sendas del Infinito.

Y tras el renacer, la caída, porque

... a Morgoth los Valar lo arrojaron por la Puerta de la Noche, más allá de los Muros del Mundo, al Vacío Intemporal; y sobre esos muros hay siempre una guardia, y Eärendil vigila desde los bastiones del cielo. No obstante, las mentiras que Melkor el poderoso y maldito, Morgoth Bauglir, el Poder del Terror y del Odio, sembró en el corazón de los Elfos y de los Hombres, son una semilla que no muere y no puede destruirse; y de vez en cuando germina de nuevo; y dará negro fruto aun hasta los últimos días.

Melkor, o Morgoth, ha sido expulsado de la Tierra pero aún es capaz de hacer llegar hasta ella su siniestra influencia, y es Sauron, el Maiar, el amo del Anillo Único, quien se ocupará de canalizarla. La corrupción de Númenor por Sauron es paralela a la de Valinor por Melkor, con la diferencia de que cuando Sauron llega a Númenor derrotado y convertido en rehén, como Melkor llegó a Valinor, halla la tierra de los corazones de los hombres preparada no ya para la siembra sino, casi, para la cosecha del mal. Y es que tiempo atrás, los hombres empezaron a codiciar la vida inmortal de los

elfos y a preguntarse por qué sólo a su raza se le prohibía visitar la tierra eterna de los Valar. La muerte, que originalmente era el don de Ilúvatar a los hombres —concebidos para ser sólo huéspedes temporales de la morada terrestre y herederos de un destino más allá— se transforma en el supremo mal y la envidia de las estirpes inmortales del oeste lleva al pueblo de Númenor a dividirse:

La mayor de las dos partes fue llamada los Hombres del Rey, y eran gente orgullosa, y se apartaban de los Elfos y los Valar. Y la parte menor se llamó los Elendili, los Amigos de los Elfos; porque aunque en verdad se mantenían fieles al rey y a la casa de Elros, deseaban conservar la amistad de los Eldar, y escucharon el consejo de los Señores del Occidente. No obstante, ni siquiera ellos, que se daban a sí mismos el nombre de los Fieles, escaparon por entero a la aflicción común, y la idea de la muerte los perturbaba. De este modo la beatitud de Oesternesse menguó; aunque continuó aumentando en poder y esplendor.

Si el ‘pecado’ de Fëanor, el más excelso de los elfos, había sido la codicia, si lo que le había llevado a alejarse y a alejar a los Noldor de la Voluntad de Eru encarnada en los Valar era la impotencia para desprenderse vital, mental y materialmente de los Silmarils, que él tomaba por suyos y por sí mismo, no es distinto el de los reyes de Númenor, los más excelsos de los hombres, y del pueblo arrastrado por ellos. Fëanor se aleja de Ilúvatar, y, con él, de su identidad profunda, real, al confundirse a sí mismo con los Silmarils; los numenoreanos se alejan de los Valar y, con ellos, de sí mismos, al confundirse con sus propias vidas temporales. Al igual que Melkor, al igual que Fëanor, quieren poseer y gobernar aquello que no les pertenece según la Ley-Verdad interior; y, aunque reyes coronados en el exterior, internamente devienen esclavos desposeídos y destronados. En los tres casos, el de Melkor, el de Fëanor, el de los reyes de Númenor, el motor para la acción ha dejado de ser aquella aspiración primordial y espontánea de los Valar a expresar en acto de creación y manifestación lo que esencialmente son, ha dejado de ser la aspiración a objetivar, a exponer en términos de Tiempo y Espacio, su naturaleza profunda no manifestada para convertirse en el deseo de algo que les es ajeno, que no pertenece a su esencialidad, a su Ser-Verdad, a sus Almas. Y es este deseo de algo ajeno, de un no-yo, lo que traza una ruta de alejamiento del Yo a través de un no-tiempo o tiempo-falsedad. En efecto, un tiempo que, hallando su origen en la confusión de lo que se Es con lo que no se Es y, por tanto, de lo que debe ser buscado o manifestado con lo que debe ser ignorado o evitado, discurrirá a través de una línea de acontecimientos desorientados, impropios, falsos: la desviación o perversión, la formulación en términos de ignorancia y de deseo, de un movimiento original hacia la expresión de la Verdad interior. Y todas las acciones fundadas en esta primera confusión, sus efectos y los efectos de sus efectos, contribuirán a curvar esa línea temporal hacia abajo, a hacer más vertical e insalvable el abismo del arco involutivo, más impenetrable la ignorancia, más lejana la identidad profunda y por ello más irreconocible el verdadero motor de la acción. Así, a los reyes de Númenor, Sauron sólo debe darles un pequeño empujón para acabar de precipitar su tremenda caída. Sauron los hallará más que dispuestos a volver las espaldas al Señor Luminoso y el rostro al Señor de la Oscuridad, a convertir su ignorancia en envidia y su envidia en acción guerrera no ya contra otra raza u otro pueblo semejante sino contra los mismos Valar, los Poderes que sustentan la Tierra, aspectos del todopoderoso Ilúvatar. Y esta guerra que los numenoreanos se deciden a emprender no es sino la exteriorización de la batalla que ellos sostienen ya consigo mismos, con su naturaleza profunda y, por tanto, con los

Poderes de esa Naturaleza-Verdad esencial; una batalla que sólo puede acabar en su propia destrucción.

Y ahora, así como en otro tiempo las razas del este volvieron su rostro y corazones hacia el Oeste implorando la intervención de los Valar, los hombres se vuelven en la misma dirección pero alzando un grito guerrero y amenazando con sus espadas desenfundadas el horizonte inmortal. ¿Habrán de responder los Eternos a semejante provocación?

Cuando Ar-Pharazôn, último rey de Númenor, pone su pie en la Tierra Inmortal de Valinor instigado por Sauron y la declara suya,

Ilúvatar mostró su poder, y cambió la forma del mundo; y un enorme abismo se abrió en el mar entre Númenor y las Tierras Inmortales, y las aguas se precipitaron por él, y el ruido y los vapores de las cataratas subieron al cielo, y el mundo se sacudió. Y todas las flotas de los Numenoreanos se hundieron en la sima, y se ahogaron, y fueron tragadas para siempre. Pero Ar-Pharazôn el rey y los guerreros mortales que habían desembarcado en la Tierra de Aman quedaron sepultados bajo un derrumbe de colinas: se dice que allí yacen, en las Cavernas de los Olvidados, y que allí estarán hasta la Última Batalla del Día del Juicio. Pero las Tierras de Aman y Eressëa de los Eldar fueron retiradas y llevadas para siempre más allá del alcance de los Hombres. Y Andor, la Tierra del Don, Númenor de los Reyes, Elessar de la Estrella de Eärendil, fue destruida por completo.

V

Hemos llegado así al fondo del arco involutivo, ese estadio en el que el Mal ha desarrollado hasta su máximo grado de intensidad su poder de discordancia; ese instante en que los elfos, los hombres, los seres conscientes son abandonados a sus propias fuerzas y a su propia inspiración para ejecutar las notas de una Vieja Armonía en un mundo que parece la misma negación de toda armonía. En su desarrollo, el Mal ha seguido siempre la línea del mayor poder —Melkor, el primero entre los Valar; Fëanor, el primero entre los elfos; los reyes de Númenor, príncipes de la estirpe de los hombres— exacerbando en los seres creados dos dimensiones: la dimensión individual y la dimensión titánica. Porque estas dos dimensiones eran necesarias en el Juego de Manifestación —el *Lila*, tal como lo llama la tradición india enfatizando el aspecto lúdico del Universo—, porque eran necesarias en el Cosmos ideado por Dios, al Mal se le ha permitido ser el Señor del Mundo por un tiempo y entonar los terribles acordes de su Fuga hasta el extremo de la posibilidad de separación. Pero el tiempo ha de llegar en que su obra sea incorporada a la gran Obra, lo individual y lo titánico añadido e insertado en el entramado divino, el deseo reconvertido en Aspiración, la voluntad fundida con la Voluntad, la línea curva del tiempo-engaño enderezada y dirigida hacia lo Alto: es el Tiempo en que los ojos de los seres podrán contemplar la Tormenta sin terror y oír el Trueno como la nota triunfante de un éxtasis musical hasta entonces desconocido.

Esta nueva ruta en el tiempo es lo que llamamos el Arco Evolutivo y exploraremos a continuación.